

Diego Doncel

**Amantes en el tiempo  
de la infamia**

 Siruela

Nuevos Tiempos

## Acta de la reuni3n del Jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n 2012

Reunido el mi3rcoles 19 de septiembre de 2012, desde las 20:00 horas, en el Caf3 Gij3n de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n correspondiente al a3o 2012, compuesto por D.<sup>a</sup> Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Jos3 Mar3a Guelbenzu, D. Marcos Giralt Torrente y D.<sup>a</sup> Rosa Regàs, en calidad de presidenta, y actuando como secretaria D.<sup>a</sup> Patricia Men3ndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, el Jurado acuerda:

Otorgar, por mayor3a, el Premio de Novela Caf3 Gij3n 2012 a la novela *Amantes en el tiempo de la infamia*, presentada a concurso bajo el seud3nimo F. D. Abierta la correspondiente plica, su autor resulta ser Diego Doncel.

El Jurado quiere destacar que esta obra, ambientada en la Segunda Guerra Mundial, posee una trama de espionaje y aventuras muy bien construida, que el autor resuelve de forma eficaz y con un apasionante desarrollo. La novela se sustenta en una historia de amor sacudida por las turbulencias de un periodo crucial del siglo XX.

Rosa Regàs  
Mercedes Monmany  
Jos3 Mar3a Guelbenzu  
Antonio Colinas  
Marcos Giralt Torrente

*A Antonia, Fernando y Andrea*

*¿La historia? No, la historia es el relato  
del alma de los hombres.*

W. Shakespeare

*La palabra sola basta para ver.*

Tristan Tzara

Pantalla I

**Ciudades de algunos  
hombres sin alma**

# 1

## París

La primera línea de sombra alcanzó los colores rojo, blanco y azul de la bandera de la República Francesa. Después, moteó la camisa del hombre que estaba detrás de la mesa de despacho y avanzó hasta el rectángulo de los documentos que Marie Delmont estaba firmando. Cuando Marie se dirigió a la ventanilla había oscurecido en el centro de la ciudad. Retiró los objetos que la policía había incautado en su casa la noche en que se había cometido el crimen, y bajó las escaleras dejando atrás las oficinas, el ruido de las máquinas de escribir y el olor a tabaco.

Salió a la calle. La bolsa de tela caía de su mano y se tambaleaba en el aire; tenía el peso de un escalofrío, de una conmoción, el peso de las dos vidas que más había querido nunca.

Avanzó por la acera, a favor del viento y de las cosas que el viento arrastraba. Caminó en dirección a la tormenta que se iba formando justo encima de Nôtre-Dame. Sabía lo que iba a hacer, hasta qué punto necesitaba llevarlo a cabo.

Cuando llegó al Sena, el plomo de las nubes tintaba la corriente. Buscó el lugar, miró hacia abajo, donde las aguas adquirirían una rapidez extraordinaria. Sin vacilar, arrojó la bolsa que contenía todo cuanto sus padres llevaban encima la noche en que los mataron, todo lo que la policía había recogido en la casa para incluirlo en la investigación. Vio alejarse la bolsa de tela en dirección al mar. Sin hundirse, sin enterrarse para siempre en esos fondos de algas, de barro y de basura donde iba a parar todo aquello que la gente de París quería ocultar u olvidar. Se preguntó qué podía hacer. Miró de nuevo al Sena, pero

la bolsa ya se había perdido de vista. Se alarmó. Pensó que tal vez el río la condujera hasta un muelle y que allí alguien podría rescatarla. Temió que acabara en las redes de algún pescador.

La bolsa fue recogida corriente abajo por los agentes del servicio de inteligencia alemán que vigilaban a Marie y llevada hasta un apartamento secreto en el Boulevard Arago. El apartamento estaba deshabitado y en la puerta figuraba un nombre falso. A la mañana siguiente los agentes quemaron todos los objetos en el horno de un activista de la extrema derecha francesa. Sucedió poco antes del amanecer, mientras fuera caía una intensa helada. Entre bromas, fueron arrojando aquellos objetos al fuego uno a uno, y percibieron, tal vez ilusoriamente, el olor de la sangre.

A las doce en punto tomaron un tren que los llevaría a Alemania. Ya en los asientos, uno de ellos miró su reloj: las manecillas se ajustaban, una encima de la otra, señalando las doce en lo alto de la esfera.

Lejos de la estación, en casa de Marie, el reloj del salón empezó a dar las campanadas de mediodía. Una, dos, tres... Marie cogió su paraguas y se aseguró de nuevo de que llevaba la carta metida en el bolso. Recordó que no había dormido nada, que temía esas noches de insomnio. Cuatro, cinco, seis... Cogió las llaves de encima de la mesa, se echó otra mirada en el espejo. Siete, ocho, nueve... El cabello, los ojos, el carmín de los labios. Diez, once, doce... Al cerrar la puerta fue invadida por los ruidos urbanos, los motores y el habla de la gente.

Se dirigió a la oficina de correos a hacer el envío. El trámite fue demasiado lento. Rellenar hojas, verificar los datos, identificarse, firmar. En Francia, el Estado exige siempre a los ciudadanos un esfuerzo burocrático desmedido, de ese modo manifiesta su poder. Al salir inclinó su paraguas hacia delante, contra el viento. Intentó bajar las escaleras frontales del edificio y refugiarse en un café. Pero retrocedió. Se quedó mirando la lluvia y pensando. Estaba triste.

Poco después empezó a escampar y se dirigió al Sena con la intención de subirse a un barco turístico. Quería inspeccionar

las aguas, ver con sus propios ojos que no había rastro de nada de lo que había arrojado el día anterior. Cuando finalizó el trayecto un tipo empezó a hablar con ella de temas insustanciales. La primavera, la lluvia, las tormentas diarias y su deseo de que permaneciera el sol. Se sintió molesta y optó por mostrarse distraída. Llegó incluso a parecer descortés. Y entonces el hombre le dijo que tenía que viajar a Italia para encontrarse con Angelo Motta. Ella lo miró desconcertada, como si lo que había oído no fuera posible.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Porque sé que usted lo busca —le respondió el hombre—. Y porque él quiere verla por última vez, la necesita.

—¿Qué necesita de mí? —le dijo.

El hombre le explicó todos los detalles.

Ella no le creía. No podía creerle. En realidad solo era un hombre que la había abordado en un barco que atravesaba el Sena y cuya identidad desconocía. No quería pensar más en él ni continuar haciéndose preguntas. Dejó pasar algún tiempo, pero el tiempo solo obró en su contra.

Abandonó Francia y viajó hasta un desolado escenario de Estocolmo. Atravesó muchas veces el centro de la ciudad como hipnotizada por su belleza fría y el color blanco del cielo. Acudió a un baile de gala, donde se divirtió bastante con algunos jóvenes rubios semiebrios, y fue invitada a una excursión campestre. La noche antes de marcharse, se sentó a solas en un salón cercano a su dormitorio, hasta que la venció allí mismo el sueño. Soñó con el futuro. Después viajó a Moscú. Caminó junto a los muros de la Plaza Roja iluminados por neones cuya forma era la de la hoz y el martillo. Visitó todos los lugares donde había nacido la forma más elevada de entender la danza. Tuvo éxito, y cada noche se despidió de su público con el escenario lleno de rosas.

Al regresar a París ya había tomado una decisión: tenía que olvidarlo todo y abrir una nueva página en su vida. Sin embargo, a menudo se acercaba al Sena en busca de respuestas. Desde que sus padres fueron asesinados, vivía en un estado permanen-



te de miedo. No dormía. En su casa se sentía insegura. Y cuando montaba en el tranvía o caminaba por la calle o se sentaba en un café intuía que estaba siendo vigilada. No encontraba el equilibrio, no encontraba un momento de serenidad, los días parecían un túnel de niebla que había que recorrer a ciegas. Ella no se reconocía en medio de esa niebla. Recordaba una y otra vez la escena del crimen, volvía a sentir aquel día sucio, en sombras, los vecinos que hacían preguntas, ella sentada, aturrida, el shock, las manos en el cabello, los amigos que llegaban, la policía queriendo saber, haciendo fotos. ¿Qué habían hecho sus padres, por qué habían muerto así? Se acercaba al Sena y trataba de pensar. Líneas difusas, puntos de fuga, enormes incertidumbres. El olor a limos, los paseos solitarios, a veces la bruma. En realidad se estaba haciendo visible para que aquel hombre la llevara delante de Angelo Motta. Quería saber hasta qué punto quienes entraron aquella noche en su casa y cometieron aquellos atroces asesinatos podían buscar documentación sobre las investigaciones que estaba llevando a cabo su padre. No pensaba nada más. Intuía que Motta podía explicarle el porqué de esas muertes, cuál era el destino que debía darle a todos aquellos documentos que su padre secretamente guardaba. Los tenía depositados en la universidad porque, al lado de ellos, se sentía en peligro. Para ella, aquellos papeles llenos de fórmulas, de gráficos, de expresiones incomprensibles, aquel montón de cartas cruzadas con otros científicos eran como un abismo al que temer, oscuro y profundo.

Fue abordada otra vez por aquel hombre en el muelle de Voltaire una tarde demasiado primaveral. Ella le dijo que lo esperaba, que lo había estado buscando desde su primer encuentro; que Angelo Motta era alguien muy importante en su vida. Recordó su niñez y su juventud junto a él, cuando venía de Berlín. Recordó a su hija, que había sido su mejor amiga, los domingos en que los tres iban al cinematógrafo y aquellas vacaciones de verano con toda la familia Motta en un pueblecito recóndito de los Alpes. Él la había apoyado y protegido siempre desde que manifestó su deseo de dedicarse a la danza. Evocó también su exilio, la muerte de su hija y el atentado que había

sufrido. El desconocido estaba frente a ella y no decía una sola palabra. La miraba atento, casi de forma cómplice, iluminado por el reflejo de las aguas. Ella empezó a llorar. El hombre le dijo que Motta estaba en algún lugar de la Riviera italiana, esperándola, que no debía defraudarlo.

–¿Qué debo hacer? –le preguntó Marie.

–Debe ir a Génova y ponerse en contacto con Richard Stoner.

El hombre le ofreció su pañuelo y se perdió entre la gente que caminaba por el muelle. Solo era una sombra mientras se alejaba entre el rumor de los puestos de libros, el humo de los barcos y las voces de los vendedores de flores.